

Karl Marx: periodista de la España del siglo

Sergio Cañas Díez

Instituto de Estudios Riojanos

Introducción

La producción periodística de Marx es una importante fuente para conocer la historia española del siglo XIX. Por eso planteamos un análisis histórico del Marx periodista y de sus textos. En ese sentido, dado que inscribimos nuestro estudio en el campo de la historia de la prensa, hay que explicar la intención del autor, el público al que se dirige, el medio en el que escribe y cómo eran recibidas sus ideas⁹⁷³. Obviamente, también confrontaremos sus principales tesis con la historiografía coetánea al filósofo alemán y con autores posteriores para verificar su utilidad y su calidad como fuente histórica. Otro de nuestros objetivos es entender el rol de la prensa en la producción marxiana y reflexionar sobre la validez de la prensa, en tanto que herramienta de comunicación política y de conocimiento histórico, en el siglo XIX y sobre esa centuria.

Además de ampliar el conocimiento que se tiene de este tema, no muy atendido en líneas generales tanto dentro como fuera de la historiografía marxista, es interesante valorar críticamente esa

⁹⁷³ Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla*, Buenos Aires, FCE, 2012, p. 21.

parte de la producción intelectual de Marx. No en abstracto, sino por su interés historiográfico, pues pensamos que ha sido, igualmente, exagerada y minusvalorada por otros autores anteriores. Algo insólito si pensamos en el valor que la prensa tuvo en la formación de Marx y de su filosofía, pues el periodismo fue una salida profesional que le permite polemizar y curtirse como analista. Además, con el periodismo pudo alimentar una familia y mejorar el bienestar público de forma práctica⁹⁷⁴.

Los artículos de Marx se han tenido por decenios como la parte menos sustancial de sus escritos, obviando la importancia que tienen historiográficamente para conocer el siglo XIX, perfilar mejor el trasfondo histórico de su pensamiento y demostrar la existencia de un método científico-histórico en la obra de Marx más allá de la teoría⁹⁷⁵. Ya Marx resaltó que aunque el periodismo frenó sus estudios de economía política, también le dio a «conocer los detalles prácticos» de la realidad fuera de la esfera teórica, le puso «por primera vez en el trance difícil de tener que opinar» sobre «los llamados intereses materiales» y le hizo ocuparse «por vez primera de cuestiones económicas»⁹⁷⁶. El Marx de 24 años que comenzó a escribir en prensa política, se mostró como un claro exponente «de un nuevo y peculiarmente alemán modo de radicalismo» de la filosofía crítica alemana, derivando hacia una postura singularmente propia y original⁹⁷⁷.

¿Periodista o historiador?

La primera relación de Marx con la historia del siglo XIX pasa fundamentalmente por la prensa. Pero lo que para Marx era

⁹⁷⁴ Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, p. 92.

⁹⁷⁵ Sergio Cañas, «Ni Marx ni menos: el interés historiográfico de la obra de Marx», in: Pablo Sánchez, *Karl Marx y la crítica de la economía política*, Navarra, Pamplona, 2019, p. 129-150.

⁹⁷⁶ Karl Marx, «Prólogo», *Una contribución a la crítica de la economía política*, Moscú, Progreso, 1980.

⁹⁷⁷ Gareth Stedman, *Karl Marx. Greatness and Illusion*, Londres, Penguin Books, p. 43. Edición digital.

periodismo hoy cabe entenderlo como historia y fuente histórica. Y la verdad es que historia y periodismo es una dualidad marxista, pues Marx entendía que la prensa era tanto una herramienta de conocimiento histórico del pasado como un elemento para la transformación política del presente⁹⁷⁸.

Autores como Sacristán o Carreras han minusvalorado, a nuestro parecer, los textos periodísticos de Marx, tenidos como la obra menor y los márgenes de su doctrina. En suma, «rebajando el valor de los trabajos (...) a un aspecto secundario de su creación»⁹⁷⁹, aunque fuera su dedicación profesional por excelencia: la única que tuvo a cambio de un sueldo regular, el oficio que mantuvo durante más tiempo. Hecho del que parece derivar la crítica de los trabajos y que se los considere parte de sus textos menores, pues no siendo una dedicación intelectual premeditada como un trabajo asalariado, se han justificado así sus varias imprecisiones e inexactitudes para fijar nombres propios, lugares y fechas. Lo que ha colocado la labor periodística marxiana entre las lecturas de segundo orden de su producción⁹⁸⁰.

Afirmar, como se hizo en la primera edición española de estos textos, que eran los mejores y más originales trabajos de Marx es exagerado⁹⁸¹. Pero es pertinente reconocer junto a Ribas, autor de la mejor y más completa edición de los textos periodísticos de Marx sobre la España decimonónica hasta la fecha⁹⁸², que si se hubiera conocido antes la bibliografía que Marx consultó para documentarse sobre la España del XIX y escribir sus artículos, los críticos hubieran

⁹⁷⁸ Vicente Romano, *Marx y Engels. Sobre prensa, periodismo y comunicación*, Madrid, Taurus, 1987, p. 13.

⁹⁷⁹ José Manuel San Baldomero, «La imagen de Espartero en los artículos de Carlos Marx en el *New York Daily Tribune*», *Investigación humanística y científica en La Rioja*, Logroño, IER, 2000, p. 257.

⁹⁸⁰ Manuel Sacristán, *Revolución en España*, Barcelona, Icaria, 1959, p. 9-23. Juan José Carreras, «Los escritos de Marx sobre España», *Zona Abierta*, n.º 30, 1984.

⁹⁸¹ Carlos Marx, *La revolución española*, Madrid, Cenit, 1929, p. 41.

⁹⁸² Abarca un total de 41 artículos entre los 27 publicados, los borradores no publicados y los textos publicados en 1854 en *The New American Syclopedia*.

«presentado el asunto de forma bastante distinta»⁹⁸³. Efectivamente, Marx leyó muchos libros de historia previos a la realidad española de 1854 y se nutrió de la prensa española y europea de esos momentos para hacerse una idea propia de lo que estaba pasando en España tras la Revolución de 1854. Lee la prensa de las principales capitales europeas, sobre todo de Inglaterra (*The Times* y *The London Morning Herald*), Francia (*Moniteur, Journal des Débats*) y España (*Gaceta de Madrid*)⁹⁸⁴. Lee a historiadores españoles, franceses, ingleses y alemanes, un total de 37 libros sobre la historia de España en el siglo XIX: 16 en inglés, 11 en español y 10 en francés. En general son autores ilustrados y liberales en el caso de los españoles: Blanco-White, Jovellanos, Miñano, Toreno, Marliani, Miraflores, Flórez, Urquinaona o San Miguel. Pero también consultó bibliografía conservadora en el caso de los autores extranjeros, como el abate de Pradt y Walton, e ilustrada, caso de José Bonaparte.

Autores alejados de la historiografía marxista, como Artola, reconocen que Marx posibilitó dar a conocer al gran público extranjero la historia de España en el XIX a pesar de sus fallos, pues, a su entender, interpretaba mejor los acontecimientos que su relación histórica. Era mejor analista político que historiador, posiblemente fruto de sus lecturas e intereses particulares a la hora de escribir sus artículos. No obstante, aunque la prensa permite a Marx salir del círculo académico no llegó a las clases populares, en gran medida analfabetas en su época. Incidió en un público burgués, en general, y en su comunidad discursiva en particular: personas cultas y con estudios⁹⁸⁵. Si bien poco a poco fue capaz de ir permeando, gracias a la prensa, fuera de su grupo de referencia.

Marx escribe con 36 años en la *Tribune* para alimentar a su prole a cambio de 20 marcos por artículo, pero lo que en origen fue trabajo termina siendo una intensa dedicación intelectual. Su impulso por profundizar en la historia española del XIX fue más allá del deber profesional⁹⁸⁶. Marx ve que la realidad política española iniciada por la

⁹⁸³ Pedro Ribas, *Escritos sobre España*, Madrid, FIM, 1998, p. 53.

⁹⁸⁴ *New York Daily Tribune (NYDT)*, 18-VIII-1853 y 8-VIII-1856.

⁹⁸⁵ Constantino Bértolo, «Marx: la prensa como combate textual», Pablo Sánchez, *Karl Marx, op. cit.*, p. 97.

⁹⁸⁶ Vicente Romano, *Marx y Engels, op. cit.*, p. 13.

Revolución de 1854 era consustancial a la política europea donde latían ecos revolucionarios tras 1848, y su concepción sobre sus artículos varía sustancialmente. Pasa de hacer periodismo a hacer historia aunque publicase sus textos como artículos en prensa:

«España constituye actualmente el objeto principal de mis estudios. Hasta ahora he estudiado, valiéndome principalmente de fuentes españolas, las épocas que van de 1808 a 1814 y de 1820 a 1823. Actualmente emprendo el período 1834-1843. La tarea no es excesivamente fácil. Lo más difícil es establecer la ley que ha presidido a la evolución histórica. (...) En conjunto, todo esto ha servido de materia a unos seis artículos para la “Tribune”, escritos de una forma muy condensada. Sea como sea, es ya un progreso, cuando el tiempo empleado en tus estudios se te retribuye de un modo u otros»⁹⁸⁷.

Por eso más allá de la importancia del periodismo en la formación de Marx y de su doctrina, lo que la filosofía tuvo como «fuente secundaria» y «literatura menor», es importante para la historia como «instrumento auxiliar de historiadores», así como nos sirve para perfilar mejor el fondo histórico de su pensamiento y entender mejor el método científico-histórico del propio Marx⁹⁸⁸. Se trata de leer a Marx desde la historia y para la historia, desde un terreno práctico como son sus artículos sobre la España del siglo XIX. Pero sin olvidar que el Marx historiador crece del Marx periodista, ya que «no hubiera sido un gran analista político» de carecer de perspectiva histórica. El periodismo lo liga «con el aquí y el ahora» porque tuvo que contraponer teoría y realidad, «aplicar su comprensión de la historia con los hechos cotidianos» y pulir su estilo «para llegar a la opinión pública». En suma, como Bértolo ha estudiado: es la prensa

⁹⁸⁷ Carta de K. Marx a F. Engels, 2-IX-1854. Pedro Ribas, *Escritos sobre España, op. cit.*, p. 18.

⁹⁸⁸ Mario Espinoza, «Karl Marx, un periodista en la Era del Capital», *Isegoría*, n.º 50, 2014, p. 108.

lo que le hace pasar del idealismo «de lo abstracto» al materialismo «de lo concreto»⁹⁸⁹.

Marx y la prensa (1842-1862)

Durante 1842-1862 los objetivos políticos de Marx y sus proyectos profesionales giran en torno a la prensa. Marx comenzó con 24 años a trabajar en Alemania como periodista cuando, ya doctorado, su carrera académica acaba tras la expulsión del que fuese su mentor, Bruno Bauer. Entonces ser redactor crítico con el poder era la única salida profesional para mantener una labor intelectual como hizo en *Anales alemanes* y en la *Gaceta renana*⁹⁹⁰. El periodismo era una ocupación con mucha oferta de trabajo, «una especie de último recurso para los parados con estudios universitarios» en la que Marx ve una forma de ganar fama intelectual como polemista⁹⁹¹.

En Berlín no existía una prensa libre, pero los cafés y las cervecerías que Marx frecuentaba servían como «agencias informales de noticias». Eran espacios que disponían de publicaciones alemanas y extranjeras, donde los corresponsales centroeuropeos «reunían noticias políticas y chismes de los extranjeros y las revistas provinciales» para difundirlos. La existencia en 1842 de un nuevo diario liberal como la *Gaceta*, dentro de la estrategia gubernamental prusiana por tener un periódico moderado y protestante que compitiera con la prensa católica y tratase de ganar a la población católica renana, favoreció a Marx. Pero la relación de Marx con la prensa no fue meramente circunstancial, pues permite ver la evolución de su pensamiento político a pesar de la censura que la prensa vivía en esa época. Y es que, precisamente, uno de sus primeros artículos –censurado en Alemania en 1842 y publicado en Suiza en 1843- versaba a favor de la libertad de prensa y era crítico con el gobierno y su prensa afín, la *Gaceta del Estado Prusiano*, que dijo era una lectura infantil y lacaya del Estado absolutista. Para Marx la

⁹⁸⁹ Francis Wheen, «Prefacio», in : James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune: Selected Journalism of Karl Marx*, London, Penguin Books, 2007, p. 9.

⁹⁹⁰ Jonathan Sperber, *Karl Marx*, *op. cit.*, p. 91-92.

⁹⁹¹ Constantino Bértolo, «Marx», *op. cit.*, p. 89.

libertad de prensa era, desde una óptica hegeliana, un derecho humano fundamental derivado de la Revolución de 1789; la «concreción del espíritu del pueblo (...) consciente de su condición», pero no un «privilegio particular de determinados estamentos» que el Estado podía regular y otorgar a capricho. Era la materialización de la idea positiva de libertad frente a la censura, que pertenecía al mundo de lo aparente, pues allí donde hubiera censura ésta escribiría los periódicos. La prensa libre era un elemento que mediaba entre el Estado y los intereses particulares, un ente «político, pero no gubernamental ni oficial», un objeto «cívico y burgués, que no se confunde con los intereses y las necesidades privadas» donde Estado y ciudadanía podían criticarse y demandarse mutuamente en libertad. La censura era un freno en la búsqueda de la verdad mediante el estudio, «un medio para preservarse en contra de la verdad»⁹⁹².

Pero lo que motivó el cierre de la *Gaceta* en 1843, con apenas un año de vida, fue la crítica del zar Nicolás I de Rusia, aliado de la Corona prusiana, más que los ataques de Marx al absolutismo alemán. Los inversores del periódico, burgueses industriales, abogados y escritores protestantes de Colonia, más preocupados por el desarrollo industrial y la expansión aduanera alemana dominada por Prusia, trataron de salvar el negocio moderando la crítica. Pero Marx, políticamente ya materialista, ante la amenaza fue más duro en su crítica llegando a ser considerado por la policía como ultrademócrata. Su prosa arremetía contra la *Gaceta prusiana*, como ocurre con los problemas derivados de los hurtos de leña y la represión del campesinado que la tomaba: una cuestión política y una representación de la lucha entre propiedad privada y agricultura de subsistencia, que para la prensa oficial era un tema principalmente medioambiental⁹⁹³.

En 1848 Marx funda la *Nueva Gaceta Renana*, órgano democrático que difunde las revoluciones de 1848 en Alemania.

⁹⁹² Jonathan Sperber, *Karl Marx, op. cit.*, p. 96-99 y 113. Gareth Stedman, *Karl Marx, op. cit.*, p. 122, 125 y 128. Constantino Bértolo, «Marx», *op. cit.*, p. 89 y 96.

⁹⁹³ James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune, op. cit.*, p. 114-115. Gareth Stedman, *Karl Marx, op. cit.*, p. 142. Karl Korsch, *Karl Marx*, Madrid, ABC, 2004, p. 152 y 179.

Abogaba por una alianza progresista para el triunfo de la lucha de clases, donde el proletariado comunista debía aliarse con la burguesía liberal y, todos juntos, arremeter contra el absolutismo. Acusado de alentar la rebeldía fiscal y desterrado, en 1849 este periódico muere tras anunciar que el fin último de la lucha de clases era la emancipación de la clase obrera⁹⁹⁴. Para entonces Marx ya era conocido por la crítica europea y norteamericana por su tono «airado, sarcástico y polémico», siendo reconocido por la burguesía liberal alemana como uno de los pensadores más agudos en la lucha contra el absolutismo. Su estilo vivo e irónico, casi ácido, es fruto de la evolución del Marx académico pero con alma activista al Marx activista de formación académica⁹⁹⁵.

De 1852 a 1862 Marx trabaja para el *New York Daily Tribune*, tras emigrar a Londres. Escribe en prensa para acudir a las urgentes necesidades económicas familiares⁹⁹⁶. En esa década firma la mitad de su producción articulista total, 487 artículos, de los que más de cien son hechos íntegra o parcialmente por Engels. Recibiendo aplausos por sus reportes de política internacional por los lectores, hasta que una crisis económica le deja en el paro⁹⁹⁷. En ese decenio estudia la revolución liberal española aunque su interés por la historia de España fue coyuntural: la revolución de 1854 y el Bienio Progresista fueron la causa de la fijación de Marx por el pasado. España era un país socioeconómicamente atrasado frente a los principales espacios europeos, todavía en proceso de industrializarse a mitad del siglo XIX, y no formaba parte del programa revolucionario de Marx ni de las tesis del materialismo histórico. Pero a los industriales norteamericanos les interesaba la realidad política española por las hipotéticas consecuencias que tendría en las colonias americanas, y Marx se debe ocupar profesionalmente de ella.

La *Tribune* la creó en 1841 Horace Greeley, periodista liberal y líder republicano, partido que cofundó en 1854. Era el órgano del

⁹⁹⁴ Jacques Droz, *Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875*, Barcelona, Destino, 1984, p. 636-640.

⁹⁹⁵ Gareth Stedman, *Karl Marx*, *op. cit.*, p. 126. Constantino Bértolo, «Marx», *op. cit.*, p. 88. Jonathan Sperber, *Karl Marx*, *op. cit.*, p. 95 y 116.

⁹⁹⁶ David McLellan, *Karl Marx*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 301-302.

⁹⁹⁷ James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune*, *op. cit.*, p. 24.

progresismo estadounidense con un claro matiz cristiano: antiesclavista, contrario a la pena capital y partidario de prohibir el tabaco, los burdeles y las casas de apuesta. Una de las claves de su éxito empresarial fue contar con corresponsales extranjeros para competir con su mayor rival, el *New York Herald*. Lo que le hizo ser uno de los primeros diarios de EEUU y uno de los más influyentes hasta 1870, cuando muere su fundador. Pues también el éxito derivó de su dirección: su alta calidad informativa sumada al bajo precio de venta, hizo que a sus principales lectores, la burguesía industrial, se le uniera la clase proletaria norteamericana. Triunfó por encima de sus competidores directos, como el *Herald* o el *Sun*, y con una tirada de 27.000 ejemplares superaba al *The Times* londinense. Cuando Marx escribe, el periódico tenía más de 200.000 lectores siendo el periódico más grande del mundo en su momento⁹⁹⁸.

La relación de Marx y sus editores fue compleja. Marx se quejó en 1857 de su «nauseabundo» empleo, porque su editor era «un vendedor de papel secante» que hacía papilla sus artículos políticos y se apropiaba de sus ideas, escribe en 1854, cuando incluía alguna observación editorial⁹⁹⁹. Esa relativa censura de los artículos de Marx en forma de cortes y añadidos hechos por la redacción, le disgustaba:

«Hay que decir que el periódico ha tachado todas mis frases, más o menos agudas, sobre los héroes constitucionales, pues ha adivinado que bajo el trío Monck-Lafayette-Espartero se ocultan alusiones punzantes a Washington. La carencia de crítica de dicho periódico es terrible. Al principio ensalzó a Espartero como al primer hombre de Estado de España. Después publicó mis artículos, en los cuales considero a Espartero como una figura cómica, y añadió que, como se veía por dichos artículos, no se podía esperar nada de España. Más tarde, cuando recibió mi primer artículo español —una simple introducción, que termina en 1808—, decidió que esto era todo, y, de acuerdo con ello, añadió una conclusión muy embrollada, pero llena de buena voluntad, en

⁹⁹⁸ James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune*, *op. cit.*, p. 16-18. Pedro Ribas, *Escritos sobre España*, *op. cit.*, p. 24-25.

⁹⁹⁹ Cartas de Marx a Engels, 22-IV-1854 y 1857. James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune*, *op. cit.*, p. 20 y 27.

*la cual se incita a España a manifestarse digna de la confianza que le otorgaba la "Tribune". Sobre cuál será su conducta, con respecto a los artículos siguientes, no puedo hablar todavía*¹⁰⁰⁰.

También los editores tenían ciertas reservas con Marx. Siendo prensa partidaria del socialismo reformista y utópico de Fourier, que organizaba campañas para que los trabajadores se organizaran y funcionaba como cooperativa, el choque con Marx, un socialista revolucionario y científico, era inevitable. La crítica de Marx al *Tribune* también era ideológica, pues con su «anti-industrialismo socialista filantrópico simondiano, representa a los proteccionistas, esto es, a la burguesía industrial de América». Lo que «a despecho de todos sus «ismos» y charlatanería socialista» hacía que fuese «periódico guía» en los Estados Unidos¹⁰⁰¹. En sentido contrario, encontramos editoriales donde se subraya que no se comparten las «opiniones muy firmes» de Marx o que estaban «lejos de coincidir con algunas opiniones del revolucionario alemán». Pero también decían que sus textos eran «una de las fuentes de información más instructivas» de la actualidad política europea de ese momento y lo consideraban un valioso colaborador¹⁰⁰².

Más allá de estas correcciones, cortes y añadiduras, lo cierto es que Marx no sufrió grandes modificaciones en sus textos periodísticos. Todos, editores e inversores, eran conscientes de la fama que Marx estaba tomando como analista político. Incluso un editor dijo que era «uno de los más valorados y mejor pagados» colaboradores del periódico¹⁰⁰³, ganando regularmente, desde 1853, unas 50 libras anuales. En inicio Marx encontró fastidioso escribir en prensa, pues el «continuo emborronar periódicos» le quitaba «mucho tiempo, me distrae y, al final, no es nada». Además, a pesar de su

¹⁰⁰⁰ Carta de Marx a Engels, 10-X-1854. Pedro Ribas, *Escritos sobre España*, *op. cit.*, p. 30.

¹⁰⁰¹ Carta de Marx a Engels de 1853. David McLellan, *Karl Marx*, *op. cit.*, p. 328.

¹⁰⁰² NYDT, 7-IV-1853.

¹⁰⁰³ Carta de Dana a Marx, 8-III-1860. James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune*, *op. cit.*, p. 27.

independencia de criterio que Marx supo mantener «uno está ligado al periódico y a su público, especialmente si, como es mi caso, se recibe dinero a cambio. Los trabajos puramente científicos son otra cosa completamente diferente»¹⁰⁰⁴. Pero finalmente acabó por ensimismarse por la historia revolucionaria del siglo XIX español, al tiempo que podía mantener tranquilamente y con decoro a su familia.

Para entender el éxito periodístico de Marx hay que tratar su calidad formal y el fondo de sus análisis, pues «sus características retóricas fueron en todo momento altas durante el periodo que estuvo escribiendo para la *Tribune*»¹⁰⁰⁵. Y su estilo y método no pueden ser calificados como periodísticos: no estaba en el lugar de los hechos, sus textos de política actual están lleno de observaciones históricas, no hay objetividad ni se busca. No busca en fuentes diplomáticas o burocráticas, como los corresponsales del momento, sino que hace un riguroso estudio histórico como corresponde a un escolástico que busca en libros y prensa la información para poder escribir sus artículos.

Marx y la Revolución española (1808-1856)

En el enfoque de Marx sobre la España decimonónica existen lugares comunes y tópicos sobre la política española del XIX: el excesivo poder del clero, la falta de un Estado fuerte, la fuerte impronta política del Ejército, la atrasada situación del pueblo en manos de los manejos de las élites y, a su vez, el interés de éstas por sus propios intereses de clase... Además, siempre está presente la comparación con la Francia revolucionaria tenida como modelo ideal de revolución. Pero su lectura política del liberalismo español también fue original y aporta tesis hoy todavía vigentes. Por eso toda su obra sobre España está llena de «tópicos comunes y agudas observaciones», donde el propio autor «revela una cierta afinidad con

¹⁰⁰⁴ Carta de Marx a Cluss, 1-IX-1853. Pedro Ribas, *Escritos sobre España*, op. cit., p. 28.

¹⁰⁰⁵ Francis Wheen, «Prefacio», James Ledbetter, *Dispatches for the New York Tribune*, op. cit., p. 19.

lo español, a menudo en contraste con un menosprecio» heredero del romanticismo alemán y de la literatura francesa¹⁰⁰⁶.

Marx se sorprende de que en España, nación eminentemente contrarrevolucionaria según la visión foránea dominante, sujeta por un catolicismo ultramontano y unas élites privilegiadas por las que pasaba todo intento de reforma, surja pronto una Constitución liberal y progresista en 1812¹⁰⁰⁷. Cuestión olvidada por los intelectuales europeos que tenían a España como un país oscuro, un imperio decadente enterrado en la nostalgia de la grandeza vivida siglos antes, que despertó tras la victoria obtenida contra Napoleón pero perdió influencia mundial a medida que Fernando VII se alejó de las tesis centrales del Congreso de Viena y perdió el dominio colonial de la América continental¹⁰⁰⁸. Por eso Marx dice, a medida que estudia la historia española, que, junto a Turquía, España era el país menos conocido y peor juzgado de Europa. Y que a la altura de 1854, cuando estalla un nuevo movimiento revolucionario tras la oleada de 1848, España era el lugar europeo más interesante, en materia política, para un observador profundo¹⁰⁰⁹.

A Marx le interesa España en origen desde una perspectiva internacional, para ver cómo influyen en el espacio mundial, sobre todo europeo, los hechos españoles. Pero mientras se acerca progresivamente a la realidad española del XIX, se da cuenta de la importancia que la historia del pasado tiene para entender la revolución española de 1854. Justo en el momento en que quiere verificar si la revolución de 1854 es el prelude de una nueva oleada revolucionaria continental como sucedió en 1848 por la guerra de unificación de Italia, pasa de hacer periodismo a hacer historia. Finalmente concluye era «un episodio comprimido que reproduce la evolución de 1848 a 1849». Pero desde entonces Marx analiza la revolución en España sin partir de prejuicios y profundiza en el

¹⁰⁰⁶ Manuel Sacristán, «Marx sobre España», *Papeles de Economía Española*, n.º 17, 1983, p. 110.

¹⁰⁰⁷ NYDT, 24-IX-1854.

¹⁰⁰⁸ Christiana Brennecker, *¿De ejemplo a «mancha» de Europa? La Guerra de Independencia española y sus efectos sobre la imagen oficial de España durante el Congreso de Viena (1814-1815)*, Madrid, CSIC, 2010, p. 28.

¹⁰⁰⁹ NYDT, 9-IX-1854.

desarrollo de la propia historia española, a pesar de estar condicionado por sus lecturas y no conocer España de primera mano: «lo hace partiendo de la historia actual para leer en el pasado y volver a la actualidad», que no es sino el método marxista. Lo cual exige un conocimiento más que superficial de la situación presente y pasada del país, porque en el fondo «Marx da en sus escritos sobre España una muestra de la seriedad con que aborda el tema y un ejemplo del sentido crítico con el que se enfrenta a los tópicos reinantes»¹⁰¹⁰. Y es que aunque la imagen que se tenía sobre España a mitad del siglo XIX tanto en Estados Unidos como en Europa, donde radicaban los lectores de las crónicas periodísticas de Marx, estaba trufada de tópicos y prejuicios y su destino parecía unido únicamente a las acciones de las grandes potencias europeas, Marx trató de estudiar el caso español para ver su influencia continental pero terminó entendiendo y explicando que eran sucesos revolucionarios con una entidad propia. De ahí que la Revolución de 1854 le pareciese «uno de los capítulos más emocionantes e instructivos en toda la historia moderna»¹⁰¹¹.

Analizando cronológicamente los textos de Marx sobre la España del XIX para explicar su visión de la revolución española, destaca su tino en distinguir cuatro revoluciones, cuatro momentos revolucionarios acaecidos en España durante la primera mitad del siglo: 1808-1814, 1820-1823, 1834-1843 y 1854-1856, la Guerra de la Independencia y el Trienio Liberal, durante el reinado de Fernando VII, y la Primera Guerra Carlista y el Bienio Progresista, durante el reinado de Isabel II.

En el caso de 1808-1814, Marx integra en su explicación elementos revolucionarios y reaccionarios para explicar la Guerra de Independencia. Al contrario que otros autores extranjeros, fue capaz de calibrar mejor el éxito de la revolución española culminada en la Constitución de 1812 y también explicar el porqué de su fracaso: la falta de medidas para la defensa nacional y la poca efectividad de las reformas sociales para alinear al pueblo del lado revolucionario. Marx

¹⁰¹⁰ Juan José Carreras, «Los escritos de Marx sobre España», *op. cit.*, p. 78.
Pedro Ribas, *Escritos sobre España*, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰¹¹ NYDT, 9-IX-1854.

subraya los elementos revolucionarios de la insurrección española antinapoleónica, aunque provienen de la minoría liberal porque mayoritariamente el patriotismo era absolutista. Pero no lo interpreta al modo de otros autores franceses e ingleses, como una mera reacción del estamento clerical contra las reformas ilustradas de corte afrancesado y como parte de la tradición del pueblo español de amotinarse contra la reforma por la reforma¹⁰¹². Sino que fijándose en los sucesos de la Revolución francesa, donde en un espacio corto de tiempo se destruyó en nombre de la defensa de la patria el feudalismo, los privilegios de la sociedad estamental por parte del Comité de Salud Pública, y comparándolos con los hechos españoles, donde la Junta Central apeló a los prejuicios populares y reformó todas las fuerzas de la vieja sociedad, corte, nobleza y clero con la intención de que coadyuvasen en la tarea, concluyó que la historia del desarrollo de la Constitución de 1812 y por ende de la revolución española necesitan de plazos largos para establecerse y verificarse, por la influencia de la historia de España. De ese modo, Marx demostró que el materialismo histórico no era impedimento para orientarse en las particularidades de la evolución histórica de los diversos países que, con una base económica parecida, se desarrollaban bajo la influencia de una situación empíricamente diversa, con condiciones naturales diversas y diferentes influencias externas.

Marx desmiente que la Pepa sea una copia servil de la Constitución de 1791, tesis contrarrevolucionaria española. Contra los que como el abate de Pradt «sostenían que los diputados gaditanos se habían aferrado a fórmulas caducas tomadas de los antiguos fueros», Marx se apoya en lecturas de ilustrados reformistas y revolucionarios liberales españoles que a la postre fueron los primeros en definir las tesis centrales del liberalismo español decimonónico, y que, a la sazón, son los primeros pasos historiográficos contemporáneos en estudiar esa época de la historia¹⁰¹³. Por ello se aplaude el acierto de Marx que hace «la lectura de la Constitución de 1812 sobre el trasfondo de los viejos fueros peninsulares» pero vista a la luz de la Constitución de 1791 y por ende adaptada a las necesidades españolas de su momento. Para Marx fue

¹⁰¹² NYDT, 27-X-1854.

¹⁰¹³ Karl Marx, *La España revolucionaria*, Madrid, Alianza, 2009, p. 16-17.

«un producto genuino y original surgido de la vida intelectual, regenerador de las antiguas tradiciones populares, introductor de las medidas reformistas enérgicamente pedidas por los más célebres autores y estadistas del siglo XVIII y cargado de inevitables concesiones a los prejuicios populares»¹⁰¹⁴.

También Marx destaca la importancia de la milicia del siglo XIX para resolver cuestiones políticas, a consecuencia del nacimiento de la revolución española en mitad de una guerra de ocupación extranjera, «de la importancia y arraigo de la resistencia guerrillera frente a Napoleón»¹⁰¹⁵, y de la separación existente entre el pueblo y el Estado, es decir, el desinterés popular por la política real, lo que dejaba muchas veces el ejercicio del gobierno en manos de los favoritos de la Corona, de los soldados, de los aventureros y de unos pocos estadistas. En el caso de la guerrilla antinapoleónica, como máxima expresión de la intervención popular en la revolución española, Marx diferencia la mezcla de elementos revolucionarios y reaccionarios. Sin negar el componente popular señala la introducción de elementos militares desordenados, desertores de las filas napoleónicas e incluso contrabandistas, razón por la que terminó encuadrándose poco a poco en el Ejército regular español al servicio de Fernando VII terminando con la descoordinación general de sus inicios¹⁰¹⁶. No se ciega por la exaltación romántica y populista de las guerrillas, esa verdadera alma de la nación española como dijera Pérez Galdós en *El Empeinado* al hablar de «la verdadera guerra nacional», el «levantamiento del pueblo en los campos», «aquellos ejércitos espontáneos, nacidos en la tierra como la hierba nativa, cuya misteriosa simiente no arrojaron las manos del hombre»; «aquella organización militar hecha por milagroso instinto a espaldas del Estado, de aquella anarquía reglamentada, que reproducía los tiempos primitivos».

Del análisis marxiano también resalta que pese a rechazar la monarquía en general y la española en particular, debido al entorno

¹⁰¹⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1960, p. 7.

¹⁰¹⁵ *Ibid.*

¹⁰¹⁶ NYDT, 30-X-1854.

corrupto y parasitario de la Corte, y siendo muy crítico con el reinado de Fernando VII a quien calificó como un ambicioso, inútil y felón ante sus vasallos absolutistas y liberales, y aun entendiendo que el reinado de Isabel II era continuista, viera que la República española era quimérica y por eso no se planteó en 1812¹⁰¹⁷. La Corona «estaba tan profundamente arraigada en España, que la lucha entre la vieja sociedad y la moderna necesitó (...) un testamento de Fernando VII y la encarnación de los principios antagónicos en dos ramas dinásticas»¹⁰¹⁸.

Para Marx el absolutismo español es una forma de despotismo oriental. Noción criticada porque mantiene una visión exótica y ahistórica de España, un perjuicio de su época de moda entre los autores extranjeros. Más allá del tópico, Marx se refería a la economía española, más parecida al modelo asiático de producción caracterizado por una sociedad agraria en la que el Estado –la Corona– es el dueño real de la tierra y las comunidades rurales tienen un alto grado de autonomía que a las sociedades y economías occidentales industrializadas, para establecer la diferencia entre unas y otras¹⁰¹⁹. Ligado con esta caracterización de España, se refiere, influenciado por Marliani, a que la falta de unidad y de coherencia del Estado absolutista hacía depender el poder más del despotismo, de las interpretaciones un tanto arbitrarias que virreyes y gobernadores hacían de la ley, que del poder central de la Corona. De ahí la afirmación de que «en España la arbitrariedad ha sido la reinante, más bien que el absolutismo»¹⁰²⁰. Marx se refiere con despotismo oriental a la falta de un Estado central fuerte que compense la disociación de sus partes y actuase como elemento dinamizador, y que en la práctica se constituyó por una élite estamental ocupada en su propia conservación y perpetuación. Así explica que el estancamiento de la revolución española, su largo desarrollo histórico, que reposase en una minoría ilustrada y que el ciclo español revolucionario

¹⁰¹⁷ Algunas de estas tesis sobre Fernando VII se mantienen ampliadas. Emilio La Parra, *Fernando VII*, Barcelona, Tusquets, 2018.

¹⁰¹⁸ *NYDT*, 23-III-1855.

¹⁰¹⁹ Pedro Ribas, *Escritos sobre España, op. cit.*, p. 61-62.

¹⁰²⁰ Manuel Marliani, *Historia política de la España moderna*, Barcelona, 1840, p. 14.

desembocase en un camino hacia el capitalismo antes que en una lucha contra el feudalismo:

«Un análisis preciso de la historia revolucionaria española revela que estos tipos han necesitado aproximadamente 40 años para derrocar la base material del clericalismo y de la aristocracia, pero han conseguido también revolucionar durante este tiempo la antigua situación social totalmente»¹⁰²¹.

Sobre el Trienio Liberal, Marx explica que el triunfo de Riego vino precedido por una serie de levantamientos militares fracasados, y que «a pesar de su fracaso, la revolución resultó victoriosa» en 1820¹⁰²². Pues contrariamente a lo sostenido por buena parte de la literatura inglesa, no se trató tanto de una intriga militar como de que entre la oficialidad del Ejército calaron las tesis revolucionarias tras 1808. Lo que unido a la importancia política que tomó desde entonces el Ejército por gestarse la revolución en mitad de una guerra internacional considerada por los revolucionarios como una guerra de liberación nacional, ayuda a explicar el hecho. Y aunque verdaderamente las victorias de Riego en el sur de España fueron exageradas en su momento, y ello motivó que otras áreas españolas se unieran a una revolución que pensaban era al fin triunfante tras los fracasos anteriores, lo cierto es que todo ello terminó por obligar a Fernando VII a firmar la Constitución de 1812. A la hora de explicar su fracaso, lo achacó a que fuera una revolución burguesa, de carácter netamente urbano, «mientras el campo, ignorante, perezoso, aferrado a las pomposas ceremonias de la Iglesia, permanecía espectador pasivo de los esfuerzos de los partidos, a los cuales apenas entendía»¹⁰²³. Algunos autores han visto aquí el problema de «las dos Españas» esbozada por Marx: la lucha entre una España urbana, industrial y revolucionaria y entre una España rural, agraria y

¹⁰²¹ Carta de Marx a Engels, 29-IX-1854. M. Kossok, «Karl Marx», *op. cit.*, p. 72.

¹⁰²² NYDT, 2-XII-1854.

¹⁰²³ Manuscrito. Pedro Ribas, *Escritos sobre España, op. cit.*, p. 163.

reaccionaria que explicaría la pronunciada debilidad e inestabilidad del bloque revolucionario y liberal contra las fuerzas del Antiguo Régimen. A pesar de medidas sociales como la abolición del diezmo, el fin de los señoríos y las desamortizaciones, no se dio ningún tipo de consonancia entre las necesidades de los liberales y de los campesinos; solo se adaptó la agricultura a las necesidades capitalistas sin mutar sustancialmente la posición de la vieja élite¹⁰²⁴. Pero Marx critica todo: que allí donde el campesinado participó lo hiciera a favor del realismo, contra la revolución, y que el partido revolucionario no lo atrajese a su bando. Un factor que de nuevo explicaría que la burguesía revolucionaria se apoyase en el Ejército antes que en las clases populares.

Sobre el Bienio Progresista, Marx dice que desde el triunfo revolucionario de 1854 se ve la falta de un Estado central fuerte, pues el propio éxito revolucionario derivó de «la vida exclusivamente provincial del pueblo», si bien era una constante de los ciclos revolucionarios españoles anteriores. El hecho de que en las provincias reinase una «completa anarquía» y «en todos los sitios se constituyen y actúan Juntas», beneficiaba a la revolución. El «estado anárquico de las provincias» benefició, paradójicamente, a la revolución «porque evita que ella sea aniquilada en la capital»¹⁰²⁵. Lo cual es importante porque Marx subraya que las presiones exteriores, sobre todo de Francia e Inglaterra, hacia el gobierno revolucionario español lo querían llevar al moderantismo. Marx descubre una de las características más notables de la revolución española: la lucha permanente entre el poder central y el poder local-provincial, la divergencia entre centro y periferia. Situación heredada en parte del absolutismo español, pero también de la impronta de los fueros en la Constitución de 1812 que, recordemos, fue la matriz liberal española hasta 1837. Para Marx el liberalismo es combatido por parte de la vieja clase dominante y también por las clases populares que sustentaron el carlismo, la base popular de la reacción del legitimismo español. Lo cual también explicaría la división revolucionaria-

¹⁰²⁴ M. Kossok, «Karl Marx y el ciclo revolucionario español del siglo XIX», *Historia Contemporánea*, n.º 2, 1989, p. 74.

¹⁰²⁵ NYDT, 4-VIII-1854.

contrarrevolucionaria del elemento popular y justificaría el recurso revolucionario al Ejército.

Paradójicamente, esta falta de unidad gubernativa del Estado también explicaría el fracaso de Napoleón para apoderarse de España tras el fracaso del levantamiento del 2 de mayo de 1808. Tomar Madrid, la capital, no supuso el fin de la insurrección como esperaba el emperador, ya que la insurrección surge semanas más tarde en Logroño, Calahorra, Bilbao, Zaragoza, Gerona... Razón por la que José I quiso deshacer esta situación para dirigir a todo el país a una senda reformista ilustrada y fue el primero en acusar las consecuencias de esta situación del poder descentralizado. Tampoco conviene olvidar que este poder local-provincial de las distintas juntas de defensa y el poder estatal de las juntas centrales, muchas veces descansaron más en el poder tradicional de las élites estamentales que en el empoderamiento de las capas populares. Un hecho clave en las tesis de Marx, quien sin embargo vio que durante la guerra del francés pese al «predominio de los elementos nacionales y religiosos en la insurrección española, existió en los dos primeros años una tendencia muy marcada a las reformas sociales y políticas»¹⁰²⁶.

Llegados al Bienio Progresista, Marx quiere ver si la Revolución de 1854 puede mover a una revolución progresista que reconfigurase el tablero político europeo. A pesar de seguir señalando los déficits característicos de las revoluciones españolas todavía presentes a mitad del siglo XIX, como la gran importancia del Ejército convertido en el corazón de la nación española, dice que ahora la milicia ya no es revolucionaria. Por eso critica al partido progresista liderado por Espartero que se apoya en los moderados para combatir al incipiente movimiento obrero y a la milicia nacional representante de las clases medias urbanas, y no lleva la Revolución de 1854 hasta sus últimas consecuencias para evitar una nueva guerra civil. Si como parecía en la época el general progresista Espartero era la encarnación del nuevo ciclo revolucionario español en 1854, para Marx era el personaje que concentraba en sí mismo «los caracteres

¹⁰²⁶ NYDT, 27-X-1854.

militar, dinástico y burgués liberal de la revolución española» a lo largo de todo el siglo XIX¹⁰²⁷.

Marx no duda de la falta de patriotismo ni del compromiso revolucionario de Espartero, pero sí de su pericia política, idea compartida por buena parte de la historiografía posterior. Lo presenta como un torpe dirigente muy preocupado por lo que Inglaterra esperaba que hiciera¹⁰²⁸. Su crítica por su papel en la revolución tras capitalizarla, la hace en base a que «no era un hombre real; era un fantasma, un nombre, un recuerdo» de aquel general victorioso de la guerra civil de 1833-1840 que derrotó al carlismo, en el que el pueblo y las clases medias revolucionarias depositaron en 1854-1856 su poder sin atender que era un héroe del pasado¹⁰²⁹. Marx denuncia que la falta de poder de los liberales les obliga, de nuevo y por costumbre, en apoyarse en el Ejército y hacen que la revolución popular quede a medio plazo supeditada a la insurrección militar. De nuevo sigue a Marliani¹⁰³⁰.

Marx trata de ser riguroso sobre Espartero, y pese a no destacarlo como gran líder militar sí que evita difundir la idea extendida por sus rivales políticos sobre su participación en la batalla de Ayacucho: la gran derrota de 1824 que origina la independencia peruana. Aquí sigue los estudios de Flórez, el primer autor que desmiente la propaganda que lo presentaba como un traidor para la causa de Fernando VII¹⁰³¹. También reconoce la astucia de Espartero cuando sabe aprovechar pequeños éxitos militares¹⁰³². Las críticas más abiertas se debieron a la poca maña política del general a la hora de solventar la crisis abierta durante su regencia, y los bombardeos que manda realizar contra poblaciones:

« (...) de todas las proezas peninsulares de Espartero, la causó una impresión más viva en la memoria pública fue (...) una acción

¹⁰²⁷ NYDT, 4-VIII-1854 y 18-VIII-1856.

¹⁰²⁸ NYDT, 12-VI-1857.

¹⁰²⁹ NYDT, 19-VIII-1854.

¹⁰³⁰ Manuel Marliani, *Historia política de la España moderna, op. cit.*, p. 151.

¹⁰³¹ NYDT, 19-VIII-1854.

¹⁰³² *Ibid.*

*singularmente extraña en un héroe de la libertad: Espartero se hizo célebre como bombardeador (sic) de ciudades, de Barcelona y Sevilla. Si, como dice un escritor, los españoles quisieran pintar a Espartero como Marte, veríamos a este dios en forma de arietes*¹⁰³³.

La clave de su crítica es que Espartero era en 1854-1856 un héroe mitológico. En parte concuerda con las investigaciones actuales que demuestran que buena parte del pueblo español era esparterista, y para ellos «Espartero no era el tirano vilipendiado por las élites políticas y la prensa» sino «el hombre de la paz y símbolo de la libertad», la «encarnación de la honradez y el desinterés» de quien habiendo renunciado al poder, soportó el exilio y se retiró a vivir a Logroño lejos de la Corte¹⁰³⁴. Pero la interpretación de Marx es más radical e ideológica, para él era una construcción idealizada del progresismo y del pueblo español que lo ve como un hijo del pueblo que fue regente durante la minoría de edad de Isabel II, más que un agente revolucionario útil. Por eso critica que fuera llamado a liderar la revolución aunque desde su exilio en Inglaterra (1843-1848) y su posterior retiro como rico hacendado riojano, no hiciera nada por ella durante el gobierno de Narváez: «Espartero se retiró tranquilamente a su finca de Logroño para cultivar sus berzas y sus flores, en espera de que sonase su hora. Ni siquiera buscó a la revolución, aguardó a que ésta lo llamase. Hizo más que Mahoma. Esperó que la montaña acudiera a él, y la montaña acudió». Por eso lo compara burlescamente con don Quijote: «Espartero nació en Granátula de la Mancha y, lo mismo que su célebre paisano, tiene su idea fija: la Constitución y su Dulcinea del Toboso: la reina Isabel». Por eso acude a socorrer a la reina «como caballero andante» que «aparece amortiguando las olas revolucionarias, enervando a las masas con una calma engañosa (...) proclamando a voz en cuello su fe inquebrantable en la palabra de la inocente Isabel»¹⁰³⁵. En síntesis, lo traza como un monárquico constitucional y como un renegado de la revolución de 1854 que

¹⁰³³ *Ibid.*

¹⁰³⁴ Adrian Shubert, *Espartero, el Pacificador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, p. 353.

¹⁰³⁵ *NYDT*, 19-VIII-1854.

prefirió no combatir al moderantismo para evitar la guerra civil, no dando así pie a una lucha fratricida de la que hubiesen podido salir reforzados los impulsos demócratas que hubieran podido terminar con la Corona¹⁰³⁶.

Pues Marx ve una vía republicana en la revolución de 1854 que rompe con el pasado revolucionario. Hasta la Primera Guerra Carlista lo normal era que «para combatir por un nuevo principio» se «necesitaba un estandarte consagrado por el tiempo». Por eso Isabel II fue respetada desde 1843 hasta 1854. Pero a partir de entonces la nueva ola revolucionaria llevaba implícita «un ataque a la nueva dinastía». Pues cuando el manto de los negocios reaccionarios de su madre y de la Corte, que protegían a Isabel II, cayó al suelo por efecto de la revolución, la reina mostró «ser la digna hija, fría y cruel y cobardemente hipócrita, de Fernando VII». Simultáneamente, la participación del elemento popular en la revolución de 1854 hace que pierda parte de su carácter militar, lo que para Marx simboliza la propia caída de Espartero. Así, Marx sentenció que la «próxima revolución europea hallará a España madura para cooperar con ella. Los años 1854 y 1856 han sido fases de transición que tenía que pasar para llegar a esta madurez»¹⁰³⁷. Lo cierto es que en 1868 estalló una nueva revolución española que puso fin al trono de Isabel II.

Si Marx fue crítico con el absolutismo español, ese «despotismo oriental» y «aglomeración, mal administrada de repúblicas regidas por un soberano nominal»¹⁰³⁸, no fue menos duro con el carlismo. Del pretendiente legitimista dijo era el «Quijote del auto de fe». El carlismo encarnaba todos los valores absolutistas del Antiguo Régimen español y fue derrotado en una dura guerra civil, era el pasado del pasado arrollado por el progreso histórico. Por eso «solo los imbéciles legitimistas de Europa (...) creen que, destronada Isabel, puede subir al trono don Carlos»¹⁰³⁹. A los movimientos absolutistas contrarios a la Constitución de 1812 en 1814 y a los realistas del Trienio los desprecia como «populacho»¹⁰⁴⁰. Los carlistas eran

¹⁰³⁶ NYDT, 19-VIII-1854 y 30-X-1854.

¹⁰³⁷ NYDT, 18-VIII-1856.

¹⁰³⁸ NYDT, 9-IX-1854.

¹⁰³⁹ NYDT, 18-IX-1856.

¹⁰⁴⁰ NYDT, 25-XI-1854 y 23-III-1855.

«ladrones facciosos», por su mezcla «de bandidaje y pretendida lealtad a un partido oprimido en el estado»¹⁰⁴¹. Aunque existen ciertas dudas sobre un texto apócrifo de Marx, en el que, se cree, loaba los méritos del carlismo por ser un movimiento de base popular, anticapitalista y tradicional. Error existente en varias obras publicadas próximas al carlismo y al nacionalismo vasco, cuyos autores nunca han cotejado la referencia con ninguna edición española o extranjera de los artículos de Marx. Asunto que Izu resuelve magistralmente explicando el engaño y el error y que nuestro estudio refuerza¹⁰⁴². De hecho, otras referencias del carlismo salieron de la pluma de Engels en 1849, quien anticipa algunos puntos doctrinales del primitivo nacionalismo vasco:

«No hay ningún país europeo que no posea en cualquier rincón una o varias ruinas de pueblos, residuos de una anterior población contenida y sojuzgada por la nación que más tarde se convirtió en portadora del desarrollo histórico. Esos restos de una nación implacablemente pisoteada por la marcha de su historia, como dice Hegel, esos desechos de pueblos, se convierten cada vez, siguen siéndolo hasta su total exterminación o desnacionalización, en portadores fanáticos de la contrarrevolución, así como toda su existencia en general ya es una protesta contra una gran revolución histórica. Así pasó en Escocia con los gaélicos. Soporte de los Estuardo desde 1640 hasta 1745. Así en Francia con los bretones, soporte de los Borbones desde 1792 hasta 1800. Así en España con los vascos, soporte de Don Carlos»¹⁰⁴³.

¹⁰⁴¹ NYDT, 4-IX-1854.

¹⁰⁴² Miguel Izu, «Marx y el carlismo: en torno a una opinión apócrifa», *Sistemas*, n.º 160-161, 2001, p. 78.

¹⁰⁴³ *Nueva Gaceta Renana*, 13-I-1849.